—¿Os ha faltado?

—¿Sabes con qué objeto ha venido?

—Lo sospecho.

—Con el de que le conceda la mano de Ione.

—¿Y vos.....

—Le he quitado toda esperanza; pero á mi negativa ha contestado con insolentes amenazas.

—¿Y lo habeis tolerado? Ese infame debe encontrar en vos un terrible correctivo.

—Caleno, necesito de tí.

—Disponed, pues serviros es toda mi ambicion.

—Es preciso que desde este instante se vijile á ese jóven, y que se sigan sus pasos.

—Se hará así.

—Que no se le deje un solo momento: que se me dé parte de cuanto haga, de cuanto disponga, y sobre todo, que se impida que visite, hable ó vea á Ione.

—Voy á poner en planta vuestras órdenes: tengo servidores fieles que le seguirán como la sombra sigue al cuerpo, y no dará un solo paso que vos ignoreis.

—Gracias, Caleno: veo que tomas vivo interes por todo cuanto me pertenece, y tu fidelidad y tu adhesion no quedarán sin el digno premio que merecen.

—Tengo recibidas bastantes pruebas de vuestra liberalidad.

—Marcha, pues: dispon aquello que mas oportuno creas para alcanzar el buen éxito que se desea, y en seguida, ven para que vijiles sobre los esclavos, á fin de que todo se encuentre, al llegar Ione, á medida de mi deseo.

—Perded cuidado.

—Voy yo entre tanto á ponerme el mas rico de mis trajes, pues quiero aparecer á los ojos de Ione con el mayor lujo posible.

—Marchad, señor.

Arbace dejó á Caleno, recomendándole de nuevo la vigilancia sobre Glauco.

Caleno prometió solemnemente no perder de vista al amante de Ione.

Acariciando en su mente la idea de una expléndida recompensa por sus servicios, encargó á los esclavos que se esmerasen en el embellecimiento de las piezas, y en seguida salió á disponer el plan contra Glauco.

CAPITULO XXVII.

LA ENFERMA DEL CORAZON.—CASA DE LOS PAPIROS EN HERCULANO.—BASÍLICA Y ESTATUAS DE LA MISMA CIUDAD.

¿Quién es esa jóven de angelical y pálida fisonomía que lleva en su plácido semblante y en sus hermosos ojos las huellas de la tristeza y del dolor del alma? ¿Quién es esa deidad que sonrie dulcemente con la resignacion de la virtud, y en cuya sonrisa se lee la melancolía y la conformidad?..... ¿Por qué su esbelto cuerpo, lijero y flexible en su delicada forma, se apoya en el brazo de ese anciano, que la mira con paternal cariño, pudiendo apenas sostener su lenta marcha?

¿Quién es?..... ¿Qué padece?.....

Todos los habitantes de Herculano la miran, al verla pasar, con el mas vivo interes, y tienen una palabra de cariño y de compasion para ella.

Un número considerable de esclavos de ambos sexos la siguen como fieles servidores, pendientes de sus mas leves movimientos.

Pero en el semblante de aquellos esclavos no está retratado el miedo hácia sus amos, sino el interes y el cariño.

Cuatro de ellos, perfectamente vestidos, llevan un rico *pilentum* ó silla, con lujosos almohadones de un valor fabuloso.

Al lado marcha ademas, una lujosa carroza tirada por hermosos caballos, para que monte en ella ó en la silla cuando se sienta fatigada.

Aquella interesante jóven es Julia; la hermana de Vitelio.

El anciano que la acompaña es Arístide, uno de los hombres mas ricos de Herculano, y tio de la hermosa.

Julia y Vitelio eran los dos séres queridos del anciano que, no teniendo familia, les idolatraba como á hijos, y les habia declarado sus herederos únicos.

Julia era muy parecida á su hermano. Rubia, de hermosos y grandes ojos azules como él, de distinguidas maneras, amable y sencilla, cautivaba desde el instante en que se la veia.

Dotada de un claro talento, diestra en la música, y poseyendo una voz dulcísima, Julia habia sido el encanto de la escojida sociedad de Herculano.

De repente se la vió retirarse de las reuniones.

A su genial alegre, sucedió una melancolía intensa, y su sonora lira quedó abandonada para siempre.

La sociedad entera lamentó aquel cambio operado en el carácter de la jóven que, de alegre y sociable, se volvió melancólica y retraida.

Pero ¿qué motivo pudo influir en aquel cambio?

¿El amor?

Nadie acertaba á explicárselo.

Julia habia visto solicitar su mano á los jóvenes mas recomendables de la ciudad, pero jamas indicó á nadie afecto alguno amoroso.

Era amable, manifestaba agradecimiento á los que la juzgaban digna de sus mas tiernos afectos, sin que por esto lisonjease las esperanzas de nadie.

Algunos llegaron á persuadirse por esta conducta de la hermosa Julia, que su corazon era tal vez indiferente á esa dulce pasion que constituye la ventura de los mortales.

Pero se equivocaban. Julia tenia un corazon sensible, dispuesto, por lo mismo, á todo afecto noble y tierno como es el amor.

Se hallaba en la edad en que el alma está dispuesta á identificarse con el alma de otro sér que la hiciese sentir el fuego vehemente de una pasion intensa; en esa edad en que el corazon se siente arrastrado dulcemente, sin comprenderlo, por esa atraccion de la naturaleza que se siente y no se explica, que nos sojuzga y nos halaga.

Julia reconocia el mérito de algunos de los jóvenes que anhelaban su amor como la felicidad mayor de la tierra, gustaba de su amena conversacion, y admiraba, en varios, su bella presencia; pero esto no llenaba por completo su corazon.

A la hermosa jóven le acontecia con sus adoradores, lo que acontece á algunos hombres con respecto á las mugeres. Admiran la hermosura, las dotes físicas con que han sido privilegiadas ciertas criaturas, pero á las cuales no les acompañan las cualidades que hagan irresistible esa belleza. Muy rara vez á esas personas de recto juicio, seducen las ventajas exteriores, ni determinan su inclinacion.

La sinceridad, las gracias, la sensibilidad, tienen para ellas mas seductor atractivo, que todos esos ponderados atavios que pocas veces se ven asociados con la belleza del alma y de las ricas cualidades del espíritu.

Generalmente se vé que los jóvenes á quienes la naturaleza ha prodigado los dones exteriores mas brillantes, se encuentran tan envanecidos y penetrados de sus ventajas, que destruyen casi por completo el efecto de sus encantos, embotando ó haciendo desaparecer los rasgos del amor.

La persona de recto juicio admira, es cierto, la belleza y la hermosura; este es un homenaje que rinde á la naturaleza, á la vista del encanto que presenta; pero se adhiere de preferencia á aquellos séres que, dotados de un exterior menos seductor, poseen las solas cualidades verdaderamente esenciales para la dicha de un matrimonio; la bondad, la dulzura, la igualdad de alma y una inteligencia cultivada.

Julia abrigaba estas ideas, y ellas le preservaban de esa embriaguez sentimental destinada á hacer la dicha ó la desgracia de toda la vida. Si algunas débiles chispas, escapadas de la hoguera del amor, habian llegado acaso á acercarse hasta su corazon, lejos de inflamarlo y de comunicarle su calor, se habian disipado al punto, semejantes á esos fuegos errantes de los campos que brillan á los ojos del viajero sorprendido, le iluminan sin abrasarle, y le dejan en seguida en las tinieblas.

Julia viajaba por el sendero de una vida tranquila, sin que el fuego de los que la admiraban abrasase su corazon, como la salamandra permanece incombustible en medio de las llamas.

¿Qué causa, pues, se habia presentado de repente para la melancolía que destruia lentamente su vida? ¿Qué orígen reconocia aquella enfermedad del corazon que envolvia su existencia y la llevaba á la tumba?

Nadie lo sabia.

Ni su mismo hermano, ni su anciano tio habian podido averiguarlo.

Comprendian que el amor habia herido aquella alma purísima; pero no acertaban á adivinar quién hubiese logrado interesarla.

El objeto de aquella pasion era por lo mismo un misterio.

Julia, apoyada en su amoroso tio, y seguida de sus numerosos esclavos, llegó por una espaciosa calle cuya anchura es de diez metros, delante de la fachada de la Basílica desenterrada en 1739, en cuyo frontispicio se leia esta inscripcion:

M. NONIVS M. F. BALBVS PROCOS.

BASILICAM PORTAS MVRVM

PECVNIA SVA.

"M. Nonio Balbo, hijo de Marco, ha hecho construir á sus espensas la Basílica, las puertas y las murallas."

Bellísimas estatuas ecuestres de Balbo hijo y padre, que hoy se encuentran en el Museo de Nápoles, embellecian este edificio, cuyo patio, rodeado por tres lados de bellísimos pórticos sostenidos por cuarenta y dos columnas, era de un mérito arquitectónico notable.

En el fondo de este suntuoso edificio que atestigua la grandeza de la ciudad de Herculano, sepultada el mismo dia que Pompeya bajo las inmensas lavas del Vesubio, se veia el pedestal á lo largo, que servia de tribunal y que adornaba una estatua de Vespasiano entre dos figuras sentadas, cuyas cabezas se ven hoy destrozadas.

A los lados del tribunal y á la cabeza de las galerías, se hallaba, y en esto diferencia la basílica de Herculano de la de Pompeya, dos especies de bóvedas casi semicirculares: sobre la pared cóncava se veian, y se encontraron al hacer las escavaciones, las dos mayores pinturas que hoy cuenta el Museo de Nápoles, *Hércules y Telefo alimentado por la cierva, y Teseo vencedor del Minotauro rodeado de jóvenes que acababa de salvar.*

Delante de estos nichos se admiraban dos pedestales sosteniendo las figuras de bronce de Augusto y de Claudio Druso; algunos bustos y otras muchas estatuas que tambien se encuentran en el referido Museo de Nápoles.

—¿Quiéres descansar un momento, querida Julia?—preguntó el anciano Arístide á la jóven.

—Será mas adelante: este sitio es muy concurrido por hallarse cerca de la basílica los tribunales dedicados á los juicios y negocios públicos, y no estaria con libertad.

—Como tú gustes.

Con efecto, próximos á la basílica se levantaban tres edificios designados con el nombre de *Curias*, á donde se veia llegar muchísima gente.

Julia se alejó apoyada en su cariñoso tio.

—¿Creeis que venga hoy de Pompeya mi hermano Vitelio?

—Sin duda. El abogado que defiende la causa de Diómedes, es por fortuna amigo suyo, y el pleito se arreglará fácilmente.

—Me alegro.

—En ese arreglo ha influido tambien poderosamente Glauco, que es amigo de Plinio y de tu hermano.

—¡Glauco!

—¿Te acuerdas de él?

—Mucho.

—La última vez que tuvimos el gusto de verle en Herculano, vino á hospedarse en casa con Salustio y Apoicide.

Julia se estremeció.

Uno de aquellos nombres pareció conmover su alma.

¿Cuál de los dos habia producido aquella emocion?

La jóven palideció, y perdiendo visiblemente las fuerzas, se apoyó completamente en el brazo de su tio.

—¿Qué tienes?..... ¿Te has puesto peor?—preguntó el anciano, que atribuyó el estremecimiento de Julia á un efecto de su enfermedad.

—Sí; que me acerquen la carroza, y marchemos á casa.

Dos esclavos acercaron la carroza, y Arístide y su sobrina subieron á ella.

Entre tanto, Glauco y Vitelio se dirijian de Pompeya á Herculano.

Esta última ciudad, que como aquella, ha llegado á alcanzar una celebridad imperecedera por la catástrofe que á las dos las hizo desaparecer de la superficie de la tierra por una larga serie de siglos, estaba situada en las costas del mar, al pié del Vesubio.

Dos leguas y media la separaba de Pompeya, y esta corta distancia que venia á ser como un paseo para los habitantes de ambas ciudades, podia considerarse como un delicioso vergel por los numerosos bosques, jardines y viñedos que á ambos lados del camino se descubrian.

Hora y media despues de haber salido de Pompeya, entraban Glauco y Vitelio en Herculano, fundada por Hércules, ocupada en sus primeros tiempos por los Oscos, los Etruscos, los Samnitas y otros pueblos, y donde por último, 293 años antes de Jesucristo, se establecieron los romanos.

Un hombre que habia salido á caballo de Pompeya, al mismo tiempo que ellos, los seguia.

Despues de haber atravesado algunas calles de Herculano, los ginetes entraron en el patio de un suntoso edificio.

El hombre vió desde lejos la casa, se quedó un instante quieto, y en seguida desapareció.

Aquel edificio era el que hoy se conoce con el nombre de *Casa de los papiros* ó de Arístide, por haberse encontrado en una pieza de ella, desenterrada el 3 de Noviembre de 1753,

mil setecientos cincuenta y seis volúmenes, que aunque en apariencia reducidos al estado de carbon, pudieron mas adelante desarrollarse y ser leidos. La mayor parte de las obras eran filosóficas, y escritas en griego. Los volúmenes conocidos y publicados, que allí se encontraron, son el tratado de Epicuro sobre la naturaleza, los de Filóstrato sobre el orgullo, y de Metrodoro sobre las sensaciones; nueve tratados del filósofo Filodemo sobre la música, los vicios y las virtudes, la retórica, la vida y las costumbres; sobre los filósofos, y algunos otros que seria prolijo enumerar. La sola obra latina, es un poema sobre la guerra de César y de Antonio, atribuida á Rabirio. (1)

En esta pieza, que era la biblioteca de la casa, se veian cuatro bustos pequeños de bronce que tenian grabados los nombres de Demóstenes, Zenon, Hermarque y Epicuro; bustos que fueron encontrados en el mismo lugar al hacer las escavaciones. Los estantes y armarios de madera en que estaban los libros, se encontraron en un estado tal de carbonizacion, que al tocarlos se deshacian en polvo.

Pero volvamos á Glauco y Vitelio que acababan de llegar.

Al ruido de los corceles, Arístide que se encontraba paseando en el peristilo, dirijió la vista hácia afuera.

Al ver bajar de los caballos á su sobrino y á Glauco, corrió á abrazar al primero y á estrechar la mano del segundo.

—¿Y mi hermana?—preguntó Vitelio con la ansiedad que imprime el cariño.

—Se encuentra en el jardin.

—¿Se siente mejor?

—Las medicinas no tienen eficacia para su enfermedad.

—Corro á verla: sígueme, Glauco, y tú verás que no me alarmo sin motivo al decirte que la veo caminar rápidamente hácia la tumba.

—¡Oh!..... sí—exclamó el anciano:—venid á verla: vuestra presencia y conversacion como antiguo amigo en época mas feliz, tal vez la distraiga y consuele.

Glauco siguió á Vitelio y á Arístide, preocupado con la idea de Julia.

Deseaba ver á la jóven y hablarla con el afan de descubrir lo que pasaba en su corazon, y poderse presentar luego á Arbace haciéndole saber el error en que habia incurrido.

Al llegar á la entrada del jardin, Vitelio, que iba delante, se detuvo en ella.

Glauco y Arístide que le seguian hicieron alto detras de él.

—¿Por qué te detienes?—le preguntó el anciano.

—Silencio—contestó en voz baja Vitelio:—¿no la veis? Despues de tanto tiempo de

[1] Los papiros encontrados al desenterrar Pompeya, estaban casi todos en un estado completo de carbonizacion debido á las abrasantes cenizas que cubrieron la ciudad como mas adelante veremos, no habiendo por lo mismo podido ser desarrollados para leerse. No ha sucedido lo mismo con los manuscritos de Herculano. Envueltos estos entre las mismas quemadoras cenizas, pero mezclados al mismo tiempo por el agua que arrojaba el volcan, no sufrieron mas que en la superficie. Las dos ó tres primeras capas de los rollos se encontraron en un estado indescifrable; pero en seguida el papiro, aunque todavía desmenuzable, adquiere alguna consistencia y casi su color natural, destacándose la escritura con toda su brillantez. A fuerza de paciencia y con ayuda de una máquina tan sencilla como ingeniosa, inventada por el padre Piaggi, se ha conseguido desarrollarlos y encolarlos á la vez sobre una película de intestino de buey.

haber dejado en el olvido el instrumento que hacia sus delicias, se dispone ahora á tomarlo en sus manos.

—¿Será posible?—exclamó con alegría Arístide fijando los ojos en el sitio que señalaba Vitelio.

Con efecto, una de las esclavas llegaba en aquel momento con la dorada lira que tiempo hacia se encontraba abandonada, y la ponia en las manos de su señora.

La hermosa Julia acarició el sonoro instrumento que en su dolor habia abandonado, y á los dulces recuerdos de un pasado de felicidad que se despertó en su alma, sus bellos ojos se cubrieron de lágrimas.

La melancólica jóven se habia sentado junto á un bellísimo estanque de graciosa forma, en cuyas ondas vagaban millares de ligeros peces de matizados y preciosos colores.

Al rededor de aquel estanque, cuya descripcion es la exacta pintura de la verdad, se destacaban preciosos huertecitos de pintadas flores, y graciosas calles orilladas de árboles frutales que sombreaban en todas direcciones el delicioso recinto, impregnando la atmósfera de los perfumes mas delicados. A los bordes del espacioso estanque, cuya extension era de sesenta y seis metros de largo por ocho de ancho, se levantaban esbeltas columnas revestidas de estuco, de una forma y de un gusto exquisitos. Estas preciosas columnas se extendian en número de veintidos por cada uno de los lados que formaban lo largo del riquísimo estanque, y cerraban sus extremos diez perfectamente distribuidas.

En el espacio que mediaba de una á otra columna, se elevaba una estatua ó un busto de bronce, representando hombres y mugeres notables en la historia; estatuas y bustos de notable mérito, que fueron encontradas al hacer las escavaciones, y que hoy existen en el Museo de Nápoles, y entre las cuales se cuentan las seis célebres bailarinas y los bustos de Safo, Platon, Marcelo, Epicuro, Séneca, Heráclito, Demócrito, Escipion el Africano, Lépido, Sila, Augusto, Cayo y Lucio César, Livio, Agripina, Calígula, Espeusipo, Arquitas, Tolomeo Filadelfo, Tolomeo Filometor, Tolomeo IX, llamado Alejandro I, Tolomeo Apion y Tolomeo Soter I, las dos célebres Berenices, y otros dos personajes desconocidos.

Sobre las columnas, y formando una deliciosa bóveda que sombreaba el recinto, se admiraba un bellísimo emparrado, donde colgaban dorados racimos de sabrosas uvas, cuyos brillantes granos se afanaban en picar ligeras y canoras avecillas.

Un ligero canal, orillado de rosales y limoneros, por donde corria el agua limpia murmurando dulcemente, circundaba el jardin, y una larga calle de árboles conducia á un pabellon de forma redonda que se elevaba como un pintado montecillo.

Al salir de esta preciosa calle de árboles, se subian cuatro gradas, y se entraba en otro pabellon que ostentaba un rico pavimento de mármol de Africa.

A la cabeza de otro magnífico estanque, rodeado de flores y de verde enramada, se destacaba el magnífico Fauno beodo, de bronce, que hoy llama justamente la atencion, y que estaba colocado entre dos bellísimas figuras, tambien de bronce, representando dos bañadores dispuestos á tirarse al agua.

Otras muchísimas esculturas de un mérito sobresaliente, entre las cuales llamaba la atencion un Mercurio de bronce, en actitud de descansar, dos gamos, un cerdo y un cuervo del mismo metal, y entre los mármoles una Minerva etrusca, dos Bacos indianos, un Homero, una estatua de Sila, el famoso grupo del Sátiro y de la cabra, la notable obra conocida bajo el nombre de Arístide, y un busto de Tolomeo Sator, embellecian aquella mansion, que por sí sola bastaria á dar de Herculano la mas lisonjera idea.

Todo respiraba allí riqueza, gusto y hermosura.

Era un sitio delicioso que realizaba el bellísimo ideal de las fantásticas leyendas de los bardos y de los trovadores.

Torpe y pesada es mi humilde pluma para poder elevarse á la altura que exige la descripcion de la sublimidad del arte en aquellas ciudades de la riqueza en la ornamentacion, y de la perfecta belleza en la escultura.

Impotente para dar á mi cuadro el tono y colorido del paisage, me limito únicamente á bosquejarlo con la sinceridad del escritor de conciencia.

Julia tomó en sus manos la dorada lira que le entregó la esclava, y recorrió con sus nevados dedos las blandas y armoniosas cuerdas, que, respondiendo á la suave presion de sus pequeñas manos, dejó escuchar las mas deliciosas melodías.

Al verla junto al dormido estanque, rodeada de sus esclavas, velado su flexible cuerpo por una finísima y delicada túnica de nevada tela; ceñida su estrecha cintura por un brillante cinturon del oro mas exquisito; suelta su rubia caballera en largos y suaves rizos; ceñida la frente por una preciosa diadema enriquecida de brillantes, y calzado su diminuto pié por elegantes y graciosos borceguíes purpúreos, se la hubiera tomada por la seductora Erato, á quien nos representa la mitología, rodeada de sus hechiceras hermanas, coronada de mirtos y rosas, con una lira en la mano, y acariciada por las perfumadas auras del Parnaso.

Vitelio, Glauco y el anciano Arístide, la escuchaban en religioso silencio.

En la frente de la hermosa jóven brillaba la inspiracion, y en sus ojos, arrasados de lágrimas, se leía el sentimiento y la ternura.

Despues de haber espirado en el éter las últimas vibraciones lanzadas por las doradas cuerdas, Julia quedó por un instante con los ojos clavados en la bóveda celeste, exhaló un suspiro, y débil su pecho para resistir las emociones que despertaba en su alma la conmovedora música, entregó con mano convulsa la templada lira á una de sus esclavas.

Vitelio, seguido de Glauco y de Arístide, se acercó entonces á la jóven.

Jula quiso levantarse para correr á abrazar á su hermano, pero su extrema debilidad le obligó á permanecer sentada.

—¡Con qué placer te hemos escuchado, hermana mia!—exclamó Vitelio estrechando contra su corazon á la jóven.

—¿Me has estado oyendo?..... —dija Julia con una voz dulce y armoniosa, y sonriendo levemente.

—Sí, te hemos escuchado sin perder una nota.

—Para mí—advirtió Glauco—encierra la pieza que habeis tocado recuerdos tan gratos de hospitalidad y de benevolencia, recibidos en esta misma mansion, que no he podido oirla sin conmoverme profundamente. Era la pieza favorita para mi alma, y la última que tuve el gusto de escucharos la víspera de partir para Pompeya, en compañía de Salustio y de Apoicide.

Los delicados miembros de la jóven se estremecieron al pronunciar los lábios de Glauco aquellos nombres, como los vimos estremecerse cuando fueron pronunciados por su anciano tio.

Pero aquel estremecimiento fué mas interno que nervioso, y pasó desapercibido á los ojos de los que la rodeaban.

—¡Oh!..... —continuó el jóven ateniense, sin comprender el efecto que producian sus

palabras—¡cuántas veces hemos recordado con indecible placer vuestra expresion en el canto, y vuestro gusto y ejecucion al recorrer las cuerdas de vuestra lira!..... Pero yo he sido mas feliz que ellos, puesto que he vuelto á tener la dicha de escucharos, y de la cual no han podido disfrutar Salustio ni Apoicide.

Por la tercera vez volvió á estremecerse el pecho de la hermosa Julia al oir aquellos nombres.

Pero ¿cuál de los dos operaba en su alma aquella repentina emocion?

Julia únicamente lo sabia.

La bella jóven iba á contestar, cuando un esclavo se presentó, anunciando que estaba puesta la mesa.

—Tomemos algo—dijo Vitelio á Glauco—y en seguida nos iremos al teatro. ¿Quiéres ir tú, hermana mia?

—Gracias; ya sabes que estoy mas contenta en la soledad.

—Sí; ya sé que tú alimentas la melancolía que te mata, con la melancolía del retiro. ¡Oh!..... ¿por qué no haces un esfuerzo para volver á tu corazon la alegría que hizo en un tiempo la ventura de la sociedad, y la ventura de tu amante hermano y de tu excelente tio, que padecen al verte padecer?.....

—¡La alegría!..... ¿Está acaso á la disposicion de los mortales para gobernarla á su gusto?.....

Glauco se acercó á Julia, y la presentó el brazo para que se apoyase en él. La jóven lo admitió, y se dirigió lentamente hácia el *triclinium* al lado de su hermano y de su tio, y seguida de sus esclavas.

Al pasar por el peristilo, Glauco se detuvo á ver las estatuas de bronce que, colocadas en graciosos pedestales, adornaban los ángulos de un estanque, ó *baptisterium*, colocado en el centro. Delante de cada uno de los expresados pedestales se descubria una fuente adornada de tazones de mármol, y en distintos puntos del peristilo, bustos y estatuas de bronce, que se han encontrado despues de diez y ocho siglos.

Durante la mesa, Glauco procuró distraer el ánimo de Julia, con asuntos agradables, y la jóven pareció estar contenta de su conversacion.

—¿Y tendremos el gusto de teneros por aquí algunos dias?—preguntó el anciano al jóven ateniense.

—Pienso volver mañana á Pompeya: tengo un asunto de alto interes que reclama mi presencia en la ciudad, y no puedo permanecer fuera.

En esta y otras conversaciones se terminó la comida, y Vitelio convidó á Glauco para ir al teatro.

—Vamos—dijo el amante de Ione.

Mientras Vitelio daba cuenta á su tio de la conferencia que habia tenido con Plinio, Glauco recorrió con Julia algunas piezas de la casa, procurando descubrir el secreto de su mortal melancolía.

Entretenidos en un animado diálogo llegaron á un sitio con pavimento de mosaico, en el cual se levantaban dos preciosas fuentes, adornadas de un gran número de figuras de bronce. Allí se veia á Sileno sentado sobre una roca, apoyada la mano sobre un tigre, que lanzaba el agua por la boca; dos jóvenes sátiros con los cuernos y las orejas de cabra y con los ojos de plata, teniendo en la mano un vaso, y llevando cada uno sobre la espalda otro, arrojando agua; dos niños de pié junto á unos pilares, coronados de máscaras; otros dos, tam-

bien de pié, llevando cada cual un vaso; dos mas, pero representando menor edad, con los ojos de plata; otro par de niños con delfines debajo del brazo; y por último un viejo Sileno, coronado de yedra, larga la barba, velludo el cuerpo, calzado con sandalias, que iba montado sobre otro de piel de macho cabrio, cuyos piés delanteros agarraba con sus manos, y de cuyo cuello arrojaba en abundancia el agua por una ancha abertura.

Todas estas estatuas, que son otras tantas obras que revelan la riqueza de Herculano, se encontraron en el mismo sitio que describo, al hacer las escavaciones en 1754.

Glauco, buscando la manera de arrancar de Julia alguna expresion que le dejase adivinar lo que pasaba en su alma, exclamó al examinar aquellas riquísimas figuras:

—Teniendo á vuestra disposicion estos tesoros del arte, el amor de un tio y de un hermano queridos, y las dulzuras de la música, es incomprensible que se haya apoderado de vuestra alma la melancolía.

—¿Ignorais que las artes nos arrastran á la meditacion, y que la meditacion se aviene mal con el bullicio?—contestó Julia eludiendo toda contestacion que pudiese revelar el secreto que guardaba.

Glauco iba á continuar cuando se presentó Vitelio para marchar al teatro.

El jóven ateniense condujo á la jóven á una pieza en que la esperaba su tio, y cuyas pinturas llamaron la atencion del amante de Ione. En aquella pieza se admiraban cuatro preciosos monócromos sobre mármol. Tres de ellos, representaban, uno á Sileno, otro *una escena trájica* compuesta de tres figuras; el tercero, *Teseo salvando á Hipodamia de manos del centauro Eurito*, y el cuarto, que es una de las pinturas mas preciosas que han llegado hasta nosotros, representaba *dos bellas jóvenes jugando á la taba* en presencia de tres de sus compañeras. Encima de ellas estaban escritos sus nombres: ΑΓΔΑΙΗ, ΛΗΤΩ, ΝΙΟΒΗ, ΦΟΙΒΗ, y ΙΛΕΑΙΡΑ, y mas alto aún el del notable artista Alejandro de Atenas, ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΣ ΑΘΗΝΑΙΟΣ ΕΓΡΑΦΕΝ.

Estos cuadros encontrados en la pieza que nos ocupa al desenterrarla en 1746, fueron llevados al museo de Nápoles despues de haber adornado en Pórtici el salon particular de la reina.

Vasos y jarrones de bronce de primorosa hechura, tazas de las formas mas exquisitas, ricos candelabros, y cuanto la riqueza y el gusto pueden proporcionar al esplendor de una suntuosa morada, se encontraban en aquella habitacion que los conservó intactos hasta salir de la tumba.

Todo era esplendor y belleza en aquella morada. Solamente en el corazon de la hermosa Julia se hospedaban los pesares y la melancolía.

¡Cuán cierto es que la riqueza no constituye la felicidad de la vida!

¡Cuántas veces los magníficos alcázares y palacios, no serán mas que dorados y deslumbrantes mausoleos en que se encierran corazones muertos para el placer! ¡Cuántas veces tras las modestas paredes de una casa humilde, vive en las familias el contento y la felicidad!

Glauco se despidió de Julia y se dirijió al teatro con Vitelio.

Habia tratado, en la conversacion con Julia, de descubrir la causa de su tristeza; pero nada alcanzó.

Glauco llegó á imaginarse que la enfermedad de la jóven no reconocia por móvil el amor. ¿Acaso todas las enfermedades del corazon reconocen aquel orígen?

Sabia que Julia habia despreciado partidos brillantes; que ninguno de los jóvenes que se